

Gestionar la propia vida ante situaciones de roce con la muerte. Un análisis de la estructura emotiva de las y los estudiantes de educación secundaria

AREVALOS, Dario Hernán /UBA-CONICET- dar.arevalos@gmail.com

Eje: Problemáticas socio-culturales en las instituciones educativas. Ponencia

^a *Palabras claves: Estudiantes, Emociones, Gestión de la vida, Exclusión, Violencia*

› **Resumen**

El presente trabajo forma parte de una investigación en curso cuyo propósito consiste en comprender los sentidos que las y los estudiantes de sectores populares construyen sobre la muerte. A partir de los testimonios brindados por jóvenes atravesada/os por condiciones materiales y simbólicas de marginalidad urbana, se pretende abordar una de las dimensiones de análisis acerca de la estructura emotiva que se configura frente a la muerte de un coetáneo.

Se sostiene como hipótesis de que las situaciones de violencia y exclusión que atraviesan las vidas juveniles inciden sobre los sentidos que le atribuyen a su existencia social. Y que la proximidad que se establece con la muerte atraviesa sus perspectivas presentes y futuras. El corpus empírico que aquí se presenta forma parte la investigación que llevo a cabo en dos escuelas secundarias de gestión estatal enclavadas en zonas-urbanas periféricas de la Provincia de Buenos Aires (Argentina) a las que concurren poblaciones con características socioeconómicas y culturales de mayor vulnerabilidad. Los testimonios fueron relevados mediante 40 entrevistas en profundidad. A través de un muestreo intencional, las y los estudiantes que participaron en la investigación pertenecen al penúltimo y último año del nivel secundario.

› **Presentación**

El análisis acerca de los sentidos que las y los estudiantes construyen sobre la muerte remite a presupuestos teóricos que abordan los intersticios entre lo individual y lo social, entre lo psíquico y lo estructural. En esta línea, se pretende dar cuenta las profundas imbricaciones entre las condiciones materiales y simbólicas de existencia y la estructura emotiva que se configura a partir de estas (Elias, 1987 y Kaplan, 2016).

Este trabajo se enmarca en la sociología figuracional de Norbert Elias (1990) en la que se

divisa la relación dialéctica entre la existencia individual y la existencia social. De acuerdo con esta perspectiva, las personas están ligadas entre sí por un cúmulo de cadenas invisibles que forman una red de interdependencias, de las cuales el individuo no puede romper o escapar, quedando inmerso “en un contexto funcional de estructura bastante determinada; el individuo debe acomodarse a este contexto funcional, desarrollarse de acuerdo con él y, según las circunstancias, abrirse paso a partir de él” (Elias, 1990: 18).

A partir de la noción de figuración esbozada en su obra *Sociología Fundamental* (2008) se propone superar la noción de individuo como unidad autosuficiente que posee una verdad interna valorada positivamente y a la de sociedad, como categoría sociológica estática, ambas vistas como “dos figuras no solo distintas, sino, además, antagónicas” (Elias, 2008 : 154). De este modo habilita a desentramar esquemas conceptuales binarios provenientes de la sociología clásica que tradicionalmente ha establecido una distinción tajante entre dominantes/dominados, individuo/sociedad, sujeto/objeto. Elementos que al ser estudiados de forma aislada se han convertido en un verdadero obstáculo epistemológico a la hora de analizar el interjuego entre la historia, el poder, la regulación de las emociones junto a procesos de carácter más general como la división social del trabajo, el control de la violencia a través de los aparatos estatales, entre otros (Varela y Uría, 1997).

El estudio socioeducativo que se sustenta en este enfoque teórico-epistemológico, se propone comprender los sentidos que se construyen sobre la muerte a partir de las formas en que se producen los procesos de subjetivación tanto de manera sincrónica como diacrónica. La conformación de la estructura emotiva ante este fenómeno supondrá de este modo, la implicación de los sujetos sociales y de la sociabilidad en la subjetividad según la posición que se ocupe en el espacio social. Lo cual resulta de suma relevancia para la construcción y análisis de nuestro objeto de estudio. Pues la estructura emotiva que se configura en relación a la muerte requiere ser comprendida a partir los sentidos que las y los estudiantes le atribuyen a su propia existencia en configuraciones sociales específicas e inserta en un contexto histórico determinado.

El trabajo estará organizado en dos momentos. En la primera parte, se caracterizará el lugar que ocupa la muerte en la vida cotidiana de las y los jóvenes de sectores populares. Luego, se analizarán testimonios de estudiantes que asisten a dos escuelas públicas ubicadas en la periferia de la Ciudad de la Plata, Provincia de Buenos Aires. En estos relatos se vislumbra

una estructuración específica de las emociones a partir de la muerte de un coetáneo, que en ocasiones, ponen en cuestión a los sentidos de la propia existencia.

› ***El sentido de la existencia y el roce con la muerte de las y los jóvenes estudiantes***

En las sociedades actuales ser joven supone un pasaje, “un momento de suspensión donde las viejas referencias de seguridad desaparecen, mientras que las nuevas no están instauradas” (Le Breton, 2011:9). Es un período propicio para la experimentación de roles, la investigación de los límites entre uno mismo y los otros, entre uno mismo y el mundo. La búsqueda de sentidos a la propia existencia está atravesada por los cambios radicales en su cuerpo y los nuevos vínculos que conforman su experiencia de vida que, en ocasiones, suscitan la amenaza de no encontrarse a la altura de las demandas sociales.

Elias (1981) señala que las y los jóvenes necesitan por lo menos tres cosas para vivir: perspectiva de futuro, personas de una misma edad que le ofrezcan un grupo de pertenencia debido a que las distancias generacionales con los adultos son muy grandes, y un ideal superior que dé sentido a su vida. Las tensiones que los atraviesan, se encuentran demarcadas por la necesidad imperiosa de sentirse apoyados, guiados, cuidados y protegidos y las condiciones sociales que se lo permiten.

Las interrogantes acerca de “¿quién soy?” o “¿cuál es mi valor y posición como persona?” (Elias y Scotson, 2016: 198) requieren respuestas que ayuden a la auto-afirmación del yo, de lo contrario se convierten en presiones sociales que se interiorizan y deterioran la propia integridad. Es por ello que el sentido de la existencia no se reduce al universo individual de cada persona, sino que debe ser entendido en su carácter social a partir de la inextricable articulación y profunda dependencia de un ser humano respecto de los otros (Elias, 1989):

En la práctica de la vida social resulta sobremanera clara la relación que existe entre la sensación que tiene una persona que su vida tiene un sentido y la idea que se hace de la importancia que tiene para otras personas, así como de las que tienen otras personas para ella (Elias, 1989: 69)

Estas tensiones entre las necesidades individuales y los requerimientos o expectativas sociales se dan en una relación dialéctica entre el mundo exterior y el mundo interior, donde se estructuran entramados complejos entre la producción de las prácticas sociales y

los habitus psíquicos (Elias, 1990). En efecto, la pregunta acerca de los sentidos que las y los jóvenes estudiantes de sectores populares le atribuyen a su vida y a la muerte debe ser comprendida a partir de esta compleja red de significaciones e interdependencias que constituye la vida social.

Diversas investigaciones realizadas en barrios periféricos de la Provincia de Buenos Aires (Auyero y Berti, 2013; Kaplan, 2011, 2013; Kessler, 2012; Gayol y Kessler, 2018) dan cuenta de que la muerte es una posibilidad concreta en la vida cotidiana, sobre todo de las y los jóvenes que manifiestan encontrarse constantemente frente a la posibilidad de ser víctimas de rastillaje policial, de violencias barriales o morir por gatillo fácil¹. Estas situaciones evidencian que la desprotección social a la que se ven expuestos cotidianamente y una estructuración específica de su emotividad:

Al igual que frente al sentimiento de exclusión, el temor a que la muerte los atrape tempranamente se vincula a un sinsentido profundo de su existencia individual y colectiva. Conocer o prever el propio final es un conocimiento que en general se autopercebe como indeseable, queriéndose evitar. Sin embargo, varios jóvenes parecen no poder siquiera fantasear con otro sentido a sus vidas por el acecho de la muerte joven (Kaplan, 2013: 64-65)

Los sentidos que las y los jóvenes construyen sobre la muerte, ha tomado densidad y complejidad mediante el desarrollo de nuestra investigación llevada a cabo en dos escuelas periféricas de la ciudad de La Plata, Provincia de Buenos Aires. A partir de los testimonios recabados a estudiantes que asisten a 5to y 6to año se vislumbra que las relaciones que establecen con la muerte van desde cuestiones estructurales, hasta dimensiones biográficas que remiten a historias personales, vínculos familiares y/o escolares, emociones, entre otras.

Lo cual nos lleva a advertir que en contextos socioculturales de violencias que se encadenan (Auyero y Berti, 2013) la irrupción de la muerte en la vida cotidiana se imbrica con los sentidos que se construyen acerca de la propia vida. Y que la experimentación de la muerte propia y de las personas que conforman el tejido social, pueden debilitar los cimientos que sostienen las posibilidades de imaginar un futuro posible.

¹ Si bien no existen datos oficiales que registren los casos de muertes juveniles por gatillo fácil, el "último informe realizado por la Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional- CORREPI- señala que cada 23 horas muere un individuo en un suceso de gatillo fácil y que esta forma de morir es la principal causa de muerte de los jóvenes de sectores populares. El documento señala además que el 47% de estos sucesos afectaron a individuos de 15 a 25 años y el 76% de los casos se corresponde a personas de 15 a 35 años.

Ante lo expuesto, se postula como premisa que las y los jóvenes de sectores populares se encuentran en permanente “roce con la muerte”. La noción de roce implica cercanía, contacto. Pero también significa conflicto/tensiones, cuyos efectos dejan huellas en la subjetividad.

Centrándonos en este último aspecto, en el próximo apartado se analizarán testimonios de estudiantes de sectores populares que permiten vislumbrar cómo las marcas que provoca el roce con la muerte inducen a gestionar la propia vida para sobrellevar una pérdida cercana. Sobre todo cuando la misma acontece a un coetáneo: compañeras y compañeros de curso, amistades del barrio y/o de la infancia, algún familiar cercano, entre otros.

› ***Gestionar la propia vida a partir de la muerte de un coetáneo***

Los interrogantes que se erigen alrededor de la muerte expresan una preocupación propiamente humana sobre el sentido de la existencia. Las experiencias de vida, por más variadas que puedan resultar, permiten vislumbrar la transitoriedad del paso por el mundo y que la muerte es un hecho inevitable que ocurrirá en algún momento.

Es por ello que, aún siendo un fenómeno común en todas las criaturas mortales, para nuestra especie la muerte constituye un problema:

Lo que crea problemas al hombre no es la muerte, sino el saber de la muerte. No hay que engañarse: una mosca atrapada entre los dedos de una persona patalea y se defiende como un hombre en las garras de un asesino, como si supiera el peligro que le aguarda. Pero los movimientos defensivos de la mosca en peligro de muerte son innatos, herencia de su especie (...) En cambio, los hombres lo saben, y por eso la muerte se convierte para ellos en problema. (Elias 1989:11-12).

Mientras que en algunos animales existen comportamientos innatos frente a la posibilidad de morir, las relaciones que los humanos establecen con la muerte son aprendidas a través del proceso de socialización (Hernández Arellano 2006). Sin embargo, las nociones que se configuran en torno a este fenómeno no son homogéneas ni lineales. Se construyen a partir de las relaciones establecidas con los demás en el marco de una cultura determinada.

Desde un punto de vista gnoseológico, la experiencia mortuoria es una incógnita en la existencia dado que solo es posible acceder a ella a través de sucesos indeseables que les ocurrieron a otros. La incerteza sobre la propia defunción despierta una serie de fantasías cuando se torna accesible a partir de la muerte de un ser querido, dado que en esa alteridad

en ocasiones, se visualiza el propio futuro. La muerte del otro, y sobre todo de aquel individuo que forma parte del propio tejido social, se convierte por lo tanto en un acontecimiento que alerta acerca del propio final (Garza Saldivar, 2017).

Cuando una persona cercana muere, lo único que queda es la soledad de una compañía que hubo, la muerte del otro implica la amputación indisoluble del yo, en la medida que la persona amada es parte constitutiva de la identidad. En definitiva, la muerte del otro equivale a la pérdida de uno mismo donde la vida propia se fracciona (Cohen Agrest, 2007).

La situación desgarradora que produce la muerte de un ser querido se vivencia, por un largo tiempo, como si esta le hubiese ocurrido a quien tiene que sobrevivir la ausencia de la persona que ha dejado de existir:

Pero no solamente la muerte del otro me recuerda que yo debo morir, sino que en un sentido es también un poco mi propia muerte. Será tanto más mi muerte en la medida que el otro fuera para mi único e irremplazable (...) con la desaparición del otro que me priva de las relaciones que me unían a él, el que me definía a mí mismo, y por lo tanto que formaban parte de mí que me priva igualmente de su mirada en la que me veía mejor que en un espejo, yo experimento la interioridad de mi muerte propia (Thomas, 2015, p. 283).

Ante lo expuesto, se advierte que el sometimiento a situaciones de exclusión y vulnerabilidad que atraviesan las vidas de las y los jóvenes de sectores populares los lleva hacia la realización de experiencias que los enfrenta ante la posibilidad real de su propio deceso. En este sentido:

“La muerte no es un tabú ni siquiera para algunos niños o adolescentes: los padres, para prevenir que se “tuerzan”, suelen advertirles sobre la posibilidad que los maten (...) hay una gestión cotidiana de la vida y la muerte a fin de alejar la posibilidad de que la fatalidad golpee a un ser querido, en particular a un hijo” (Gayol y Kessler, 2018: 213).

Los interrogantes acerca del sentido de la propia vida emergen cuando la muerte le sucede a un coetáneo, sobre todo si la misma forma parte del propio tejido social. Por ello, ante ciertas condiciones sociales, la muerte del otro no solo implica un lugar vacío en el salón de clases, un amigo que ya no compartirá lugares comunes, etc.; supone también e inevitablemente, la proyección de la propia vida en ese otro que ya no está.

Tengo un primo que murió hace poco, que se ahorcó porque la novia lo dejó. Estaba empastillado. Era un re secuestro , se juntaba con bardenos que buscaban pelea por todos

lados, como yo era cuando era pibe. Nada más que él la siguió. Teníamos la misma edad, pero yo dejé de juntarme con gente así hace mucho porque sabía que iba por mal camino (...) Me vi reflejado en lo que pasó, porque yo también andaba en cualquiera como él, en otra época, pero yo por suerte me rescaté .

[Estudiante varón, 6to año]

La convivencia y la muerte se imbrican alrededor de la función básica de vivir junto a otros para protegerse de la eliminación y el aniquilamiento (Kaplan y Krottsch, 2018). Las experiencias emotivas que se construyen a partir de sucesos que desestabilizan los vínculos cercanos dan cuenta de una convivencia donde los miedos propios son puestos en el otro. Y que ese otro percibido como *ajeno o externo a mí*, ante ciertas condiciones socava y pone en cuestión a la propia existencia.

La muerte del otro remite a un sufrimiento que se impone sin que se lo haya elegido. Induce a hacerse cargo de un estado de impotencia ante el desconcierto de un suceso para el que uno nunca se encuentra preparado. En efecto, la necesidad de afrontar la pérdida, obliga a la comprensión de ese otro que aparece como un *extraño* (Cohen Agrest, 2007):

Mi amiga que te conté antes, tomaba medicamentos y le dio un paro cardíaco, entonces todo fue bastante fuerte.

E: ¿Qué pensás que le puede pasar a alguien para tener ese tipo de problema?

...muchas veces por problemas de la infancia, por problemas familiares, también las opiniones de las personas hay gente que le afecta muchísimo (...) Me parece por más del lado psicológico, de “no servís para nada” y todo ese tipo de cosas [mira hacia abajo, llora].

E: Veo que te afectó...

Sí.

E: ¿Por qué?

Porque pudo haber pensado en otras opciones más allá de todo.

E: ¿Y qué hiciste frente a esta situación?

Fui al psicólogo al principio, pero luego dejé. Lo que pasa es que no hablo mucho, entonces me cerré bastante mucho tiempo y fue como que no sé, de a poco, me fui estabilizando.

[Estudiante mujer, 6to año]

Fuera del colegio tuve un amigo que se suicidó ahorcándose (...) tenía problemas por una chica con la que estaba desde hace mucho tiempo de novio y de un día para el otro se suicidó. Nadie cercano se lo imaginaba. Ese chico tenía el apoyo de sus amigos y de todos, pero nunca pudo manifestar a nadie que él estaba muy mal (...) fue hace un mes como mucho (...) Me sentí un poco shockeado en el momento y culpable no haber podido ayudarlo. Ahora trato de recordarlo cómo fue él.

[Estudiante Varón, 5to año]

En los testimonios precedentes, el sufrimiento que se experimenta se traduce en un período de “silencio” o en una sensación de “shock” ante esa muerte. Durante ese período, es

posible que el lenguaje no alcance para expresar los dolores más íntimos y tramitar los padecimientos existenciales. Es por ello que el sufrimiento “cuando más tiempo dura, más se altera el sentimiento de identidad” (Le Breton, 2017, p. 17).

En otras ocasiones la tarea de afrontar el fallecimiento de un amigo, compañero o un familiar cercano, se realiza a través del acompañamiento y el diálogo con la familia u amigos de confianza:

Al principio mis viejos no me daban bola cuando me veían mal. Hasta que un día, en un almuerzo le dije a mi mamá que no podía superar la muerte de Pablo (...) desde ese momento, me pregunta y habla conmigo.
[Estudiante mujer, 5to año]

El psicólogo no me sirvió de nada. Fui tres veces y lo único que hacía era escuchar y escuchar. No me ayudaba. Al final, hablarlo con los chicos (los amigos) de vez en cuando, me ayudó mucho más.
[Estudiante varón, 5to año].

Las interpretaciones de las y los jóvenes acerca del mundo circundante, sobre todo ante situaciones desconcertantes como la muerte de un ser querido, requieren de las interacciones humanas que sostienen su entrada y permanencia en el mundo social. Los *jalones de sentido* (Le Breton, 2017) se construyen en compañía de los iguales y, sobre todo, en el seno de la propia familia en la medida que esta es “la voz de mayor socialización de los jóvenes y, en tanto que primera contenedora, no siempre es lo suficientemente sólida en este contexto de crisis del lazo social” (Le Breton, 2011, p.44).

En ciertos casos, sin embargo, el procesamiento de la muerte de un ser querido se realiza incursionando en otros espacios de socialización como las redes sociales:

- Nunca fui al cementerio, busco acordarme de otra manera [se refiere a su amigo Pablo]. En su momento subía fotos en mi estado. Hoy todavía hay gente que le escribe en muro de Facebook como si estuviera vivo, sube fotos con él y todo (...) Supongo que es una forma de no olvidarlo.
[Estudiante mujer, 5to año]

-Cada vez que cumple años o me acuerdo de algunos momentos que vivimos, subo alguna foto con él al Instagram. A veces parece que estuviera vivo.
[Estudiante mujer, 6to año]

Tener que gestionar la muerte de un hermana/o, un compañera/o de escuela o un amiga/o del barrio implica entender que parte del tejido social se desarma de la misma forma que las

perspectivas presentes y futuras por parte de quienes sufren la pérdida. El lugar preponderante que ocupan las redes sociales en la vida social, convoca a reparar en el modo en que las mismas fungen como catalizadoras de las emotividades que se configuran en torno a la muerte de un ser querido. En este sentido, los códigos específicos de ciertos espacios sociales constituyen la divisa donde “huimos hacia las imágenes, a la vista de una realidad que percibimos como imperfecta” (Han 2014:52).

› ***Palabras finales***

A partir de estos hallazgos empíricos estamos en condiciones de afirmar que la muerte se presenta como el sustrato cotidiano sobre el que las y los jóvenes construyen su subjetividad en contextos de profunda marginalidad. Los testimonios de las y los estudiantes presentados en este trabajo permiten dar cuenta las imbricaciones entre las experiencias de socialización ante la muerte de un coetáneo y las condiciones de existencia por parte de quienes deben gestionar su vida luego de tal suceso.

La identidad en tanto punto de intersección entre la vida y la muerte, es el trayecto que permite otorgar el sentido a la existencia. Las imbricaciones entre lo individual y lo social pueden debilitar los cimientos que sostienen la conformación identitaria, sobre todo ante sucesos como la muerte de un ser querido que supone el fraccionamiento del tejido social y desgarramiento de las condiciones de la propia existencia.

La irrupción de la muerte en la vida cotidiana de las y los jóvenes de sectores populares habilita interrogantes futuros acerca de los efectos en la condición estudiantil de este sector social. En la medida que las emotividades que los atraviesan a partir de estas experiencias podrían estar configurando un escenario escolar doloroso e impensado para una escuela que orienta sus objetivos en el presente y en el futuro.

› ***Bibliografía***

Álvarez–Uría, Fernando & Varela, Julia (1997), Genealogía y sociología. Buenos Aires: El cielo por asalto

Auyero , J., Berti, M.F. (2013). La violencia en los márgenes. Buenos Aires. Rústica.

Cohen Agrest, D. (2007). Por mano propia. Estudio sobre las prácticas suicidas. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Elias, N. (1981). "Civilización y Violencia". *Ästhetik und Kommunikation*, N°43, pp. 5-12.

Elias, N. (1987). El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Elias, N. (1990). La Sociedad de los Individuos. Barcelona: Ediciones Península.

Elias, N. (2008), Sociología Fundamental. España: Gedisa S.A.

Elias, N. y Scotson, J.L. (2016). Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios. México: Fondo de Cultura Económica.

Garza Saldívar, A. (2017). La muerte del otro. *Andamios. Revista de Investigación Social*. 14 (33). Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/628/62849641002.pdf>

Gayol, S. y Kessler, G. (2011). La muerte en las ciencias sociales. Una aproximación. *Persona Y Sociedad*. 25(1). Universidad Alberto Hurtado. Recuperado de: <http://personaysociedad.cl/ojs/index.php/pys/article/view/162>.

Gayol y Kessler (2018). Muertes que importan. Una mirada sociohistórica de casos que marcaron la argentina reciente. Buenos Aires: Siglo XXI.

Han, B.C. (2014). En el enjambre. Barcelona: Herder editorial.

Hernandez Arellano, F. 2006. "El significado de la muerte". *Revista Digital Universitaria*, 7 (8). Universidad Nacional Autónoma de México. México.

Kaplan, C. V. (2011). "Jóvenes en turbulencia. Miradas críticas contra la criminalización de los estudiantes." *Propuesta Educativa* N°35, FLACSO, pp. 95-103.

Kaplan, C.V (2013). El miedo a morir joven. Meditaciones de los estudiantes sobre la condición humana. En Kaplan C.V, (dir.) *Culturas estudiantiles. Sociología de los vínculos en la escuela* (pp.45-65). Buenos Aires: Miño y Dávila.

Kaplan, C. V. (2016). "El lenguaje es una piel. Género, violencia y procesos civilizatorios." En Kaplan C.V. (ed.) Género es más que una palabra. Educar sin etiquetas. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Kaplan, C. V. y Krotsch, L. (2018) "La Educación de las emociones. Una perspectiva desde Norbert Elias". Revista Latinoamericana de Investigación Crítica. Año V, N° 8, CLACSO 119-134.

Kessler, G. (2012). Las consecuencias de la estigmatización territorial. Reflexiones a partir de un caso particular. Espac. blanco, Ser. indagaciones vol.22 no.1 Tandil ene./jun. 2012

Le Breton, D. (1999). Antropología del dolor. Barcelona: Seix Barral. Los tres mundos.

Le Breton, David (2011): Conductas de Riesgo. De los juegos de la muerte a los juegos del vivir, Buenos Aires.

Le Breton, David (2017). El cuerpo Herido. Identidades estalladas contemporáneas, Buenos Aires, Topia.

Thomas L. V. (2015). Antropología de la muerte. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.